

*San Juan Bautista de fuego y agua**

*Anderson Jaimes Ramírez***
Museo del Táchira, Venezuela

Resumen

Como era costumbre, esta festividad viene a suplantar y a darle sentido, desde una nueva mirada religiosa, a celebraciones y ritos muy antiguos y de amplia aceptación popular. Por esto, San Juan Bautista se convierte en uno de los santos más populares del panteón católico. Así cuando San Juan ingresó al panteón afrovenezolano, el negro lo alumbró y renació con un aspecto híbrido cristiano y africano, y por un extraño proceso de simbología intuitiva lo devolvió a su función inicial de bautista. En torno a él hay agua por todas partes: agua de lluvia y agua del baño ritual, las mismas aguas apreciadas como intermediarias entre lo sagrado y lo profano de las culturas andinas. En este artículo se analiza la presencia del Bautista y de esta festividad en los Andes venezolanos.

Palabras clave

San Juan, agua, fuego, cristianismo, cultura andina, pueblos originarios.

Abstract

As usual, this festivity comes to replace and give meaning, from a new religious point of view, to very old celebrations and rites of wide popular acceptance. For this reason, St. John the Baptist became one of the most popular saints in the Catholic pantheon. Thus, when St. John entered the Afro-Venezuelan pantheon, the black man gave birth to him and reborn him with a hybrid Christian and African aspect, and by a strange process of intuitive symbology returned him to his initial function as a baptist. Around it there is water

* Fecha de culminación: 01-12-2020. Fecha de envío a la revista: 01-12-2020. Fecha de aprobación por el arbitraje interno: 15-12-2020. Fecha de aprobación por el arbitraje externo: 15-03-2021.

** Licenciado en Filosofía (IUSI-Caracas). Magíster en Etnología, mención Etnohistoria (ULA-Mérida). Estudiante del Doctorado en Antropología (ULA-Mérida). Investigador del Museo Arqueológico del Táchira. Miembro del grupo de investigación Bordes (ULA-Táchira). E-mail: andersonjaimes@gmail.com.

everywhere: rainwater and ritual bath water, the same waters appreciated as intermediaries between the sacred and the profane in Andean cultures. This article analyzes the presence of the Baptist and this festivity in the Venezuelan Andes.

Key words

Feast of St. John, Christianity, Andean culture, native peoples.

La fiesta del solsticio de verano del 24 de junio, en homenaje a San Juan Bautista, constituye por muchos siglos una de las celebraciones más importantes del mundo cristiano occidental. Como era costumbre, esta festividad, relacionada con un momento especial del acontecer solar, viene a suplantar y a darle sentido, desde una nueva mirada religiosa a celebraciones y ritos muy antiguos y de amplia aceptación popular. Tal vez, por esto San Juan Bautista se convierte en uno de los santos más populares del panteón católico. Los evangelios sinópticos: Marco, Mateo y Lucas coinciden en describir del mismo modo la historia de este personaje. Los rasgos comunes serían entonces: su descendencia de la clase sacerdotal; sus padres Zacarías e Isabel ya ancianos y sin hijos son visitados por el Arcángel Gabriel para informarle que Isabel quedaría en cinta; la vinculación entre Isabel y María, quien fue visitada por el mismo Arcángel seis meses después.

Existen otras referencias que hablan sobre este personaje, haciendo énfasis en su ministerio y en su degollamiento por orden del tetrarca Herodes. El historiador judío Flavio José refiere, en el libro XVIII de *Antigüedades judías*, la vida y ejecución del Bautista. Este autor escribe su obra alrededor de los años 96 y 94. Textos griegos y eslavos recogen los rasgos de su biografía y su predicación. Otra versión importante la recoge el texto apócrifo conocido como Evangelio ebionita. Se trata de uno de los evangelios gnósticos encontrados en Nag Hammadi en el alto Egipto en 1945, los cuales fueron escritos entre los siglos II y IV por monjes del convento de San Pacobir, quienes los escondieron al ser declarados heréticos por los líderes de una iglesia que comenzaba

a institucionalizarse. Este libro fue escrito en lengua copta, es decir, la lengua egipcia, pero con caracteres griegos y, actualmente, se encuentra en el Museo Copto de El Cairo. Son textos que representan otro tipo de cristianismo distinto al que se imponía. Son llamados *gnósticos* por estar relacionados con esta forma de pensamiento que considera como modo de entender lo sagrado, el conocimiento antes que la fe.

Recientemente, la Arqueología Bíblica ha dado algunas luces en torno a las tradiciones que se han originado sobre este personaje. Las mismas señalan su nacimiento en el sitio de Ein Kerèn, donde existe una iglesia ortodoxa que lo señala. Se ubica su predicación alrededor del sitio de “Suba”, allí se ha encontrado una cueva donde grabados muy antiguos representan a Juan Bautista como un nazi, un hombre rudo del desierto con fama de santo. A 2 km de esta cueva se encuentra un monasterio donde se dice estuvo la cueva de San Juan, sin embargo, dicha edificación es posterior a la época de las cruzadas. Pero es la investigación de Maurice Goguel (1983) quien, usando los métodos de la poligrafía, la exégesis y la historia de las religiones y con base a la gran tradición oral y textual de profetas y anacoretas de sentir apocalíptico, aporta interesantísimos datos sobre este personaje y su mito. Este nos revela la abundancia en la Palestina de entonces, de profetas ermitaños que anunciaban el advenimiento de un mesías y el inicio de unos “nuevos tiempos”, en medio de una época de profundos conflictos políticos, debido al rechazo de la presencia romana. Es una tradición que denuncia y se opone al colaboracionismo de los dirigentes eclesiásticos con Roma. Ciertamente, un mensaje subversivo ligado a los profetas del Antiguo Testamento en contra del Imperio romano.

El Bautista va a establecer su rito acuático con base a una tradición que él renovó y que provenía de la filosofía de los esenios y su concepto de agua viva. Los esenios eran un grupo religioso judío que vivía apartado del mundo. Son los autores de los rollos del mar Muerto o *Qumran*. Tenían como parte importante de su doctrina el concepto de “agua viviente”, capturaban el agua de la poca lluvia que caía en el

desierto en complicados y gigantescos acueductos para ser usados en los baños rituales en el marco de unos escrupulosos rituales de purificación y pureza. Estas abluciones purificadoras se convirtieron en “metanoia”, es decir, en conversión, en preparación para los últimos días antes del próximo apocalipsis y del advenimiento de aquel que bautizara con “fuego y espíritu santo” al final de los tiempos. Juan invoca el fuego y el agua como elemento de purificación dentro de una emoción milenarista que conmovía la religión. Se hablaba del fin del mundo, eran muchas sectas religiosas de carácter místico donde cundía las profecías apocalípticas que hablaban del fin de los poderosos y del reinado de los pobres dirigidos por el mesías. El impuesto elevado que Roma le impone a los pescadores alrededor del año 20, hace que estos se sientan muy receptivos a este tipo de mensaje. De esta manera su predicación y su ritual de bautismo constituyen operaciones religiosas novedosas y llamativas. De aquí se van a desprender sectas de discípulos suyos que incluso fueron hostiles con los cristianos, como los “mandeistas” y los cristianos de San Juan, perseguidos como herejes por la Iglesia.

Este personaje destaca por el vigor de su prédica, no profesa doctrina ni pertenece a secta alguna. Es un eremita retirado al desierto, un asceta que clama contra la corrupción, que incita al arrepentimiento y anuncia la llegada de un mesías libertador. Denuncia a los grupos poderosos de la sociedad, saduceos y fariseos, por su alianza con los invasores. Descubre la corrupción de los dirigentes, quienes al final cortarían su cabeza. El mensaje de Juan Bautista se dirige a los pobres, explotados por el Imperio romano y manipulados por los poderosos. Les habla de liberación, que expresa, en primer lugar, las aspiraciones de los oprimidos y subraya el aspecto conflictivo del proceso económico, social y político que los opone a las clases opresoras y a los grupos opulentos. Anuncia la llegada del mesías, el Cristo, que va a romper esas cadenas de injusticia y opresión para hacer al hombre auténticamente libre, viviendo en unos nuevos tiempos de comunicación con él y de fraternidad humana (Gutiérrez, 1985).

La Iglesia tuvo un momento de lucidez cuando situó a este profeta rebelde, marginal, como uno de sus pilares y al usar dialécticamente a favor de su causa el ministerio del Bautista. No solo integró a la nueva religión, sino que arrebató a sus discípulos la cabeza espiritual de otra posible religión mesiánica. El Bautista fue distinguido de manera especial, de modo que celebra su nacimiento y víspera. Lo corriente consiste en conmemorar la fecha de la muerte de los santos, ya que esta representa el nacimiento a la vida eterna. Este honor solo le ha sido concedido, además de él, a Jesús y a María. En la época de Gregorio Magno (590-640) se decían tres misas en la fecha de San Juan Bautista: a la 1 de la noche para recrear su condición de precursor, al alba para celebrar su condición de bautista y a hora tercia para honrar su santidad. El pueblo encendía fogatas y bailaba en torno a ellas, se creía que estos “fuegos de San Juan” preservaban de la peste y de otros flagelos, se solía echar a la hoguera a un monigote de paja que representaba al maligno.

El proceso de expansión del cristianismo y consolidación de la Iglesia católica tuvo que encarar la devoción popular hacia innumerables formas culturales de las antiguas y diversas culturas. Una de sus tácticas fue la de sincretizar fiestas católicas con fiestas de esos pueblos, sustituyendo santos cristianos por divinidades ancestrales. Así, para vencer la religión de Mitra divinidad oriunda de Persia y, profundamente, arraigada en el mundo occidental, la Iglesia fijó la fecha del nacimiento de Cristo el mismo día que la del dios frigio. En el siglo IV el papa Liberio decreta la fiesta de Navidad el 25 de diciembre y la epifanía el 6 de enero, con lo cual convertía en cristiana las ceremonias del “Natalis Solis Invicti”. Mitra, el dios solar, quedó así desplazado por el resplandeciente niño nacido en una cueva y adorado por humildes pastores. Mitra quedó sincretizado en Jesús, así como el mágico árbol de los druidas en la cruz. El culto mariano encausó al cristianismo a las “floralis”, festividades de gran erotismo y alegría.

Lo mismo sucedió con la fijación del día de San Juan, relacionado con los ritos de la entrada del verano. Es el día del solsticio de verano,

el momento en que el movimiento aparente del sol llega a la parte más alta del cielo, se detiene y desde entonces retrocede sobre sus pasos en el camino celeste. Es un momento muy particular, ya que, en otros continentes sometidos al mismo régimen solar, también se advierte la existencia de la misma celebración. La respuesta se da entonces en unos ritos cósmicos de magia imitativa o “simpatética”, donde se enciende hogueras para transmitir al astro el poder del fuego, y así reanimar su carrera y su calor.

En Roma, durante el solsticio de verano, se desarrollaba la celebración de un festival de fuego y agua asociado con el dios Jano Bifronte; este tenía dos caras y actuaba como intermediario entre el cielo y la tierra. Hubo dos Juanes, el Bautista y el Evangelista, cada uno asociado a un solsticio: Juan era el protector de los artesanos, San Juan de los francmasones, quienes proceden del gremio de los albañiles. También en junio se realizaban las fiestas de Vesta, las “vestalías”. Estos personajes tenían por tarea principal cuidar del fuego y de la pureza del agua. Los pueblos mahometanos del norte de África celebran en esta fecha el “ansara” encendiendo fogatas, saltando, sobre ellas, quemando las plantas, paseando ramas encendidas en el interior de las casas para purificarlas y acercando los enfermos al fuego para obtener su curación (Frazer, 1995).

Los españoles y portugueses trajeron consigo la fiesta de San Juan, por eso tal como en Europa ardieron fogatas, se consultaron los espejos, las agujas, los carbones, las formas que asumían las claras de huevo en un vaso de agua. Se tomaron baños rituales, las niñas casaderas escondían bajo la almohada una llave, una flor o ramitos de laurel o romero para soñar con el futuro esposo. Al punto del mediodía una tijera, una llave, un rosario y un anillo colocados en un cuarto cerrado, revelaban a las mujeres su condición futura, pues la tijera anunciaba el oficio de costurera, la llave como dueña de casa, el convento lo anunciaba el rosario y el casamiento el anillo. Se propiciaba riqueza enterrando una moneda y pronunciando un conjuro, luego se desenterraba al día

siguiente. En la noche de la víspera eran más favorables los sortilegios, adivinaciones y agujeros. En los pueblos de la colonia la fiesta era muy animada: fuegos pirotécnicos, danzas públicas en las plazas y fogatas donde lo hacendados saltaban a caballo. Los negros se congregaban en torno a los tambores. Eran muchas las suertes y rituales que practicaban junto a las hogueras. Al llegar el amanecer del día de San Juan se recogían las brasas de las hogueras por atribuirles poderes benéficos y se tomaba el baño ritual. Luego de misa las colaciones, coheterías, el cochino engrasado, los toros candiles y el palo encebado. El almuerzo daba lugar a un vasto despliegue culinario según regiones.

Al Táchira, en los Andes venezolanos, entra San Juan en la tercera década del siglo XVI, en la mente de los hombres que dejaron una trocha de incendios y cadáveres que señalaron el paso de Micer Ambrocio Alfingel. El oro robado por este fue confiado a la tropa de Ñiño de Vasconia que atraviesa esta región, incluso nuestra comarca, en 1532, para perderse y dejar el oro enterrado en estos montes defendidos por los pueblos originarios. De los 25 hombres solo sobrevive Francisco Martín, quien genera una leyenda dorada en nuestras tierras. En 1541 Hernán Pérez de Quesada se aproxima a estos lares a rescatar el oro del Welser Alfinger, pero solo llega hasta Chinácota, donde lo sorprende la fuerza de los indígenas. En 1547 Alonso Pérez de Tolosa abre una ruta por el sur acompañado por Diego de Losada para transitar por el valle de Zorca, luego por Los Capachos y después hacia el norte, hasta llegar por estas tierras deciden regresar unos hacia el Nuevo Reino, otros hacia el Tucuyo, andaban en busca del oro de los páramos. En 1558 es Juan Rodríguez Suárez quien con sesenta hombres atraviesa esta tierra tachirenses buscando el oro de las sierras nevadas en esa explanada donde fundarían a Mérida. Y en 1561 es Juan Maldonado quien busca la mítica Cania, el 31 de marzo funda a San Cristóbal y con sus límites el mismo espacio del Táchira. La conquista sigue y con cruz y espada se van formando nuevas poblaciones donde en junio se rinde homenaje a San Juan. Así en 1576 Francisco de Cáceres funda a La Grita, en

1597 Juan de Velasco y Vallejo se traslada al valle de Lobatera a fijar la organización de este poblado fundado por Antonio de los Ríos Jimeno.

Es por esos años cuando un grupo de españoles reduce a la fuerza a los habitantes de esta comarca. Los invasores rebautizaban con el santo del día las nuevas toponimias con que redefinían los espacios conquistados. Todo esto hace suponer que fue en la última década del siglo XVI, un 24 de junio cuando este territorio de palmeras y petroglifo, custodiados por el cerro llamado después “El Morrachón”, recibió el nombre de Sabana de San Juan, con ese nombre este territorio le fue adjudicado por el Gobernador provincial de Mérida al regidor perpetuo y alcalde de San Cristóbal Rodrigo Sánchez de Parada en 1634. Se inicia en nuestro territorio un proceso de desarticulación de las parcialidades que hacían vidas en nuestro territorio. Los Teconequeas, Loracas, Cacunabecas y Guaramitos, tras cruenta guerra, son sometidos y reducidos en 1641 a las encomiendas de Capacho, El Fical y Cordero.

En 1656 Fray Pedro Salgado predica el evangelio en estas tierras, este agustino estaba incardinado al convento Agustino que hizo vida en San Cristóbal entre 1582 y 1790. Sin embargo, la resistencia de los indios Chinatos, quienes provenientes de la naciente del “río oirá” en el páramo del Tamá, no fue domeñada por espadas y evangelios. Hasta 1664 estos atacaban cualquier intento de expansión europea y corrían por estas tierras en su lucha desigual contra el invasor. Después de la “pacificación” de los Chinatos es cuando se puede suponer un poblamiento más organizado de nuestro territorio, de esa Sabana de San Juan. Para 1767 Lobatera es ya una próspera villa y la sabana es usada por sus habitantes como estancia para ganado y sembradíos. Pronto casonas de haciendas se construyen en nuestro territorio. Una piedra fundacional con la fecha de 1775 da testimonio de un poblamiento hacia el actual barrio Las Flores, el cual ya veía a San Juan Bautista como el patrono de estos territorios.

Mientras el San Juan de los Andes tenía una festividad bajo las tradiciones traídas de Europa, el San Juan de las costas y del centro de

Venezuela era adoptado por los grupos de africanos esclavizados. La trata esclavista se surtió de los habitantes del golfo de Guinea y del área del Congo. Sus religiones presentan una organización rigurosa y jerarquía sacerdotal, liturgia elaborada y concepciones metafísicas. Las costumbres propias de la fiesta europea de San Juan, como las inmersiones en ríos, mares y arroyos, las fogatas y otros elementos mágicos, encontraron terreno propicio en estos negros, tanto más cuando en la propia África imperaban formas ceremoniales semejantes. Y es que, en los plenilunios, al terminar la cosecha y en los solsticios los pueblos africanos estaban dados a ruidosas fiestas. El régimen de lluvias imperante en la zona africana que suministró a la América sus contingentes de esclavos, era exactamente el mismo que rige el clima de nuestro país. El año se dividía en dos estaciones: la de las lluvias y la de la sequía y estas acontecían en fechas similares: grandes lluvias de abril a julio, corta sequía de agosto a septiembre, pequeñas lluvias en noviembre y verano de diciembre a marzo, entre las lluvias de mayo y las torrenciales de finales de junio, se producía un veranillo, que coincidía con el solsticio y con las fiestas de San Juan Bautista. En esa época los yorubas celebraban a “Obatalá”, la diosa del cielo, y en otros pueblos otras festividades. De esta manera los negros esclavos sincretizaron en la fiesta de San Juan algunos ritos suyos y algunas deidades de sus panteones fabulosos a los que rendían homenaje con tambores de ritmicidad y embriaguez energética y un trance colectivo de baile de poder orgiástico.

Así cuando San Juan ingresó al panteón afrovenezolano, el negro alumbró y renació con un aspecto híbrido cristiano y africano, y por un extraño proceso de simbología intuitiva lo devolvió a su función inicial de Bautista. En torno a él hay agua por todas partes: agua de lluvia y agua del baño ritual, las mismas aguas apreciadas como intermediarias entre lo sagrado y lo profano de las culturas andinas. Además, en los truenos y relámpagos los descendientes africanos veían a Changó identificado con San Juan. La indumentaria roja, compartida por ambos, sería otro aspecto de esa fusión e hibridación cultural. Sin lugar a dudas, en el

Táchira también sonaron los tambores de los negros en las noches de San Juan. Desde 1560 se importaron esclavos para la explotación de las minas de cobre en el valle de San Bartolomé, muchos de estos fueron empleados para el trabajo de las haciendas y casa de los poderosos. En el sector de “La Teura”, en el valle de Cania, alrededor de San Cristóbal; así como en Capacho, La Yegüera, San Antonio, Ureña, la zona de Umuquena y en La Grita y Las Minas de Seboruco, los negros fueron la fuerza productiva más importante en la explotación minera de tabaco, cría de ganado y principalmente de caña.

Como parte de su dote al casarse con el colonense José Dolores Roa, constructor de la casa del altillo o “Casa Vieja” en la carrera El Mosquero, Federación o 5, su esposa Victoria trae, desde Coro, una pareja de negros esclavizados para el servicio doméstico. Estos recibirían la noticia de la abolición de la esclavitud del Presidente Monagas en 1854, en nuestra población, para la fecha la esclavitud había perdido fuerza económica. En El Cantón del Táchira quedaban para la fecha 46 esclavos y 13 manumisos, la mayoría en San Cristóbal y Ureña. Estos partirían hacia la costa del Sur del Lago en busca de nueva vida, otros se mezclarían muy pronto con la población campesina olvidando la cultura esclava y adoptando nuevas manifestaciones identitarias de una sociedad mestizada.

Pero fue la emancipación de Venezuela iniciada en 1821 y cumplida a lo largo de una cruenta guerra que duró más de dos décadas, la que quebrantó seriamente la estructura de la sociedad colonial. Las mismas celebraciones de San Juan no se hicieron presentes con la misma fuerza de antaño. Ya no se escucharon los tambores en los recodos de los cañaverales, cerca de las frías quebradas, bajo la luna de la noche más corta del año. Y es que todas las costumbres y festividades van a sufrir profundas transformaciones producto de las nuevas realidades. En el Táchira, la Guerra de la Independencia trae las lanzas y la corona de fuego en dos momentos muy importantes, marcados por la presencia del Libertador en estas montañas. El 1 de marzo de 1813 Bolívar,

durante La Campaña Admirable, ocupa la Villa de San Antonio del Táchira y lanza una proclama que señala como los tachirenses somos los punteros en el proceso de liberación: “Vosotros —dice Bolívar— tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os abrumaba con mayor crueldad... En este día ha resucitado la República de Venezuela...”. Hasta el 19 de mayo permanece el brigadier Bolívar organizando el ejército que forjaría la Segunda República. El 6 de febrero de 1820 llega nuevamente el Libertador al Táchira, esta vez incorpora a sus tropas a un gran número de soldados de San Cristóbal, Táriba, Lobatera que pelearán en Carabobo y partirán después a liberar el sur del continente. El 19 de abril Bolívar saluda, desde la Catedral de San Cristóbal, la primera década de la historia independiente: “Diez años —exclama— consagrados a los combates, a los sacrificios heroicos, a una muerte gloriosa han librado del oprobio del infortunio, de las cadenas a la mitad del mundo”. Desde febrero de 1820 hasta febrero 1821 Bolívar entra y sale nueve veces del Táchira, mientras organiza los ejércitos libertadores. El 7 de agosto celebra en San Cristóbal el primer año del triunfo de Boyacá y en febrero de 1821 parte hacia la sabana de Carabobo a libertar a Venezuela. Durante este periodo un puesto de avanzada del ejército republicano sobre la Sabana de San Juan oteaba el horizonte en vigilancia permanente sobre cualquier movimiento en las llanuras del Sur del Lago. Este puesto llamado “La Vigía” se encontraba hacia el norte del actual San Juan de Colón.

Luego de la Independencia poco a poco los pueblos comienzan a retomar el ritmo de sus vidas. A pesar de la guerra, un pequeño poblado se fue conformando en torno al sitio donde se encuentran dos caminos indígenas y sobre el cual se construye una capilla y un espacio público para la reunión de sus habitantes. En la Sabana de San Juan llamada también San Juan de los Llanos o Los llanos de San Juan, los ranchos de caña brava comienzan a ser sustituidos por casas de barro y tejas. El dinamismo de la pequeña aldea se ve estimulado por la presencia permanente del padre Pedro José Casanova, colaborador

de la Independencia y creador, entre 1826 y 1830, de las escuelas de primeras letras de varones y hembras. En la pequeña capilla se rezaría a San Juan Bautista en la figura de una pequeña imagen donde este se ve representado con un libro, una oveja y un cayado. Esta imagen se encuentra en la casa cural de San Juan Bautista, pero fue sometida a unos procesos de restauración por manos de inexpertos que le quitaron ese aspecto de escultura colonial.

En 1830 Venezuela se ha desgajado de la Gran Colombia, el 13 de enero de ese año José Antonio Páez organiza un nuevo gobierno en la aristocrática Valencia. En el Táchira se reúnen los delegados de Bogotá, encabezados por Antonio José de Sucre, con sus pares venezolanas encabezadas por Santiago Mariño. Inútilmente trataron de componer las descoseduras. Sucre pisa por última vez su natal territorio y parte hacia la muerte en Berruecos. Bolívar muere junto al mar de Santa Marta. Al año siguiente en 1831, la diputación de Mérida eleva a la categoría de parroquia civil a San Juan de Lobatera, a la hasta entonces aldea. En 1832 los godos y liberales san juaneros, llamados después *guifaros*, *calungos*, *lagartijos* y *langostas*, celebran el reconocimiento que la Nueva Granada hace de la soberanía de Venezuela. En 1833 las plegarias que se hacen a San Juan piden protección de la peste de Apure, el paludismo que como nube mortífera hace hervir hasta la muerte a quien se contagia de esta. En 1834 quedan abolidos los conventos y se decreta la libertad de cultos, se declara como fiestas nacionales el 19 de Abril y el 5 de Julio, mientras se les restituye la gloria y el honor al nombre de Simón Bolívar.

Para 1835 el Congreso de la República denomina este territorio como parroquia San Juan, en 1872 la Asamblea Constituyente del Táchira establece la capitalidad, nombre del distrito San Juan de Colón. Por esto, más que colonenses, los nacidos en esta tierra deberíamos ser llamados san juaneros. Y ante la presencia de este mítico profeta nada de extraño tendría que durante estos tiempos se iniciara la costumbre de festejar las ferias y fiestas en su honor. Desde el terremoto del 2 de

marzo de 1849 muchos habitantes de Lobatera ya se habían establecido en San Juan, estos celebraban ferias y corrían toros desde 1774, nada extraño podía resultar que trajeran esta costumbre hasta aquí. Hasta hoy no se ha encontrado el acta de creación de la parroquia eclesiástica de San Juan Bautista, pero para el 23 de marzo de 1869 en el pueblo hay un primer párroco, Carlos María Rivera, sustituido el 20 de noviembre por el Pbro. Rafael Bonilla, quien sería párroco hasta enero de 1870. En marzo se encarga de la parroquia el Pbro. Timoteo Ascanio, hasta finalizar las fiestas de San Juan de 1872, cuando es nombrado para el cargo el Pbro. Melquiades Rosales.

Las costumbres de celebrar las ferias y fiestas provienen de España donde surgieron para que los pobladores pudieran comprar o vender ganado y productos agrícolas y artesanales. Tienen un origen religioso, pues celebran al santo o santo que, de acuerdo con la disposición eclesiástica, es patrono de la localidad, al que se tributa devoción y se elevan preces para el amparo, protección, defensa de las asechanzas del malo y las eventualidades naturales; como los terremotos del 5 de mayo de 1875 y el 28 de abril de 1894 a los que la población, rezándole a su santo, responde rápidamente reconstruyendo y edificando nuevos inmuebles que traerían una nueva imagen de progreso y prosperidad sobre un trazado urbano diseñado por el Pbro. Armando Pérez y el comerciante, acusado de contrabandista, Pedro María Reina.

Es nuestra actual traza urbana, la cuadrícula de calles amplias, plaza e iglesia central y de grandes manzanas donde se construirán las casas y comercios de los migrantes venidos de otras tierras, atravesadas por empedradas acequias en la mitad de las calles por donde el agua cantaba la frescura de los montes del levante de la villa. Este pueblo de San Juan tiene entonces la puerta franca para los venidos de otros lugares: Colombia, en la frecuencia de la habitual jornada de recolección de café, nuevo rubro del progreso para la región. De Barinas, por causa de los estragos de la Guerra Federal de italianos corsos, sardos, que vienen en procura de paz, pan y nueva vida. De los alemanes en

procura de la tierra donde se producía el mejor café, todos ellos en el junio de San Juan montaban corridas, juegos de feria e intercambio de productos desde la orilla de las fiestas y la alegría. Y es que en el Táchira siempre se ha tenido afición a las cañas y toros. Hasta en las aldeas más pequeñas se arma un circo para que novilleros y toreros, embutidos en desteñidos trajes de luces, enciendan voces y aplausos, mientras que con el trapo de la muleta ventilan los cuernos de los animales que aprenden a embestir hacia el final.

Desde muy entonces en este cruce de caminos que se encontraba en este punto que hoy nos congrega, confluía gente venida allende de nuestra montaña: comerciantes reinosos seminómadas llegaban arrebujados en sus ruanas y silencio. Traían todo para el intercambio. Armaban sus ventas o chiringuitos para vender los bocadillos de Vélez y Moniquirá, las manzanas y duraznos de Pamplona y Duitama, los quesos y carnes de Paipa, la cerámica de Raquirá, las sillas de montar de Chocontá, las ruanas y cobijas de Sogamoso, los tapetes de Tunja, las bestias de carga de las estribaciones de Boyacá. Pero también de los pueblos vecinos venían los feriantes que traían los dulces de nispero de San Antonio, los mamones descolgados de los árboles de Ureña, las uvas de Lobatera que soñaban hacerse vino, las piñas endulzadas con los soles y los vientos de Capacho, las chirimoyas de Queniquea, las fresas de La Grita y el deslumbrante trigo del Cobre. También los productos artesanales como la cerámica, las cestas de mimbre, los muebles y tejidos de lana. Se sumaban a este río humano, los galleros del Zulia y Barinas, los toreros de cualquier parte, los caballistas de donde salieran.

Durante la víspera, el día central y los demás de la feria se realizaban actividades de diversas índoles, algunas vistas con recelo, como las jugadas, juegos de envite y azar que fueron erradicadas por los negativos efectos que causaban para el presupuesto familiar, debido a la fascinación que ejerce sobre los tentados por conseguir dinero fácil. Las mesas de dado, ruleta y otras variedades eran visitadas hasta la madrugada. De las vecindades concurrían los perros jugadores, expertos

estafadores que tendían sus seducciones para hacer caer a los incautos. Solo se permitieron juegos más inofensivos para el bolsillo de los san juaneros, como el tiruli, el boliche, la sisela, las argollas, la lotería de animalitos, donde por poco dinero se participaba y donde al ganar se obtenía una módica suma, suficiente para la alegría más que para la elusiva fortuna (Ramírez, 2006).

Así ha sido nuestra historia, una sucesión de hechos protagonizados por personajes venidos de muchos lares. Historia que habla de la historia viva de la tierra, de la gente, en esta tierra y del registro de todo esto en los espacios de la memoria.

Esa tierra de amor sencillo

Tierra que entre colinas se destaca

Con su olor a romero y a tomillo

A arrayan pomarrosa y albahaca.

Esta es la tierra de los mil sembrados

Y los cercos de piedra y limo viejo

Donde el hombre y el buey, eternas yuntas

En días de verano desolado

Mirando al cielo azul, como un espejo

Desde el surco lo llenan de preguntas (Rugeles, 2009)

Bibliohemerografía

ALVIAREZ, Jorge (2006). Génesis y evolución del municipio Ayacucho. *Sinopsis*, núm.

2, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.

CAICEDO, Eli (2015). *Al pie del Morrachón*. San Juan de Colón: Fundalarayu.

CREPÓN, Pierre (1993). *Los evangelios apócrifos: crónica oculta del Nuevo Testamento*.

Bogotá: Círculo de Lectores.

DE CASTELLANOS, Juan (1847). *Elegías de varones ilustres de Indias*. Madrid: Imprenta de la Publicidad.

FRAZER, James (1995). *La rama dorada*. Bogotá: FCE

- GUTIÉRREZ, Gustavo (1985). *Teología de la liberación*. Salamanca: Sígueme.
- GOGUEL, Maurice (1983). *Jesús el Nazareno ¿mito o realidad?* Madrid: Herder.
- JAIMES, Anderson (2007). De cómo la cultura nos convirtió en pueblo. *Sinopsis*, núm. 5, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- JAIMES, Anderson (2009). La parroquia eclesiástica de San Juan Bautista de Colón. *Sinopsis*, núm. 13, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- JAIMES, Anderson (2010). Los negros esclavos del Táchira. *Sinopsis*, núm. 18, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- JAIMES, Anderson (2011). Encuentros y desencuentros, la invasión europea en tierras tachirenses. *Sinopsis*, núm. 22, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- LIZCANO, Juan (1973). *La fiesta de San Juan*. Caracas: Monte Ávila.
- RAMÍREZ, Hernán (2009). Espacios y tradiciones que se pierden en nuestro pueblo. *Sinopsis*, núm. 13, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- RAMÍREZ, Hernán (2014). *100 años de la Iglesia de San Juan Bautista de Colón*. Inédito, San Juan de Colón.
- RUGELES, Manuel F. (2009). *Aldea en la niebla*. San Cristóbal: BATT.
- RUIZ, Antonio (2006). *Crónicas de la feria de San Sebastián*. Torbes, San Cristóbal.
- SÁNCHEZ, Samir (2008). El día de la ciudad de San Juan de Colón. *Sinopsis*, núm. 11, San Juan de Colón: Galería de Arte El Punto.
- VELÁSQUEZ, Ramón (1972). *Donde la patria empieza*. Caracas: Imprenta Nacional.